

## «NO NECESITO MILAGROS».

La acción de Dios en el mundo y en la vida del cristiano,  
según el Beato Josemaría

CÉSAR IZQUIERDO

Todo buen conocedor de los escritos de Josemaría Escrivá, sabe cuáles son los temas típicos y los asuntos fundamentales de que se ocupa, y cuáles, en cambio, son secundarios e incluso marginales en su enseñanza. Entre los primeros están, por ejemplo, la llamada universal a la santidad, el valor santificador de la vida ordinaria, el trabajo con el que se santifica el mundo y el cristiano, la necesidad para el cristiano corriente de ser contemplativo en medio del mundo, el espíritu de libertad, la mentalidad laical y tantos otros que han recibido en su palabra y en sus escritos un modo original y novedoso de ser presentados. La recuperación de aspectos centrales de la vida cristiana que, con el tiempo, habían quedado desdibujados, o el acento puesto en elementos tenidos hasta entonces como secundarios han configurado con bastante claridad el perfil de una enseñanza espiritual de enorme valor.

Junto a los centrales, el número de temas secundarios, o mejor dicho, de aquellos que no entran directamente en el carisma de su vida y de su obra en la Iglesia son muchos más. Una gran parte de ellos pertenecen pacíficamente a la tradición ascética, doctrinal o moral de la Iglesia y se hallan en la enseñanza del Beato Josemaría integrados armónicamente con lo más específico de su mensaje. Otras veces no es así.

En estas páginas se desea examinar una de estas cuestiones aparentemente secundarias en el conjunto de lo que el fundador del Opus Dei transmite: la función de los milagros en la vida cristiana. Decididamente, este tema no responde a un interés central de la enseñanza de Escrivá. Más aún, podría afirmarse que a alguien como él, que ha difundido el valor de lo ordinario como camino de santificación, le debe resultar ajeno y casi «sospechoso» el interés por lo milagroso. No es que se juzgue de escasa importancia a los milagros, sino que dados los presupuestos y los objetivos de su predicación, la relación que se pretende establecer entre los milagros y lo específico de su mensaje podría resultar inoportuna, o fuera de lugar.

¿Cómo se justifica entonces un estudio del papel de los milagros en la doctrina del Beato Josemaría? La pregunta es pertinente de pla-

no, y la posible duda sobre ese interés sólo podría ser recibida con una comprensión sin reservas. Pero, como sucede con tantos otros aspectos de la realidad, es preciso recordar que no sólo la iluminación directa de las cosas ayuda a percibir su hondura. A veces, la luz indirecta, la que proviene del enfoque colateral y aparentemente marginal ayuda a alcanzar una percepción nueva, e incluso única, del relieve y del alcance con que algo es presentado. Sobre esta observación se apoya el examen que aquí se ofrece. El estudio de cómo entendía el Beato Josemaría Escrivá los milagros tiene como objetivo acercarnos de forma más plena a su visión de la fe y en general de las relaciones de Dios con el hombre. En este contexto, nos interesan las afirmaciones de Josemaría Escrivá sobre los milagros y su relación con la existencia cristiana en la medida en que expresan su visión profunda de esa misma existencia, y concretamente de la acción de Dios en ella a través de medios comunes o extraordinarios.

A la luz de lo anterior, se entiende que la fuente última de lo que el Beato Escrivá expresa sobre nuestro tema es su propia experiencia personal, alimentada de su modo personal de vivir la existencia cristiana, y del acrecentamiento de sentido que recibía de otras personas que le confiaban su intimidad y orientación. Todo ello debía integrarse —positiva o negativamente— con el modo como los milagros eran presentados en los estudios teológicos que realizó el futuro Beato.

## 1. LOS MILAGROS EN LA TEOLOGÍA DE COMIENZOS DEL S. XX

El joven Josemaría comenzó en 1918 sus estudios de teología en el Seminario de Logroño, en el que siguió dos cursos, hasta que en 1920 se trasladó al Seminario de Zaragoza. Entre las materias que hubo de estudiar en Logroño (la cursó en el segundo año de su estancia en el seminario riojano) se encontraba la Teología Fundamental, o Lugares Teológicos, para la que, según el estudio de J. Toldrá, se seguía el manual de C. Pesch<sup>1</sup>. En el quinto curso del plan de estudios de Logroño había, además, una asignatura de Apologética —con una clase a la semana solamente—, para la que se usaba el libro de Mendive<sup>2</sup>. En las materias que estudió en Zaragoza no se hallaba incluida ninguna que tuviera una especial relación con la cuestión de los milagros<sup>3</sup>. En consecuencia, si

1. Cfr. J. TOLDRÁ PARÉS, *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 6 (1997) 648-649.

2. *Ibid.*, p. 650.

3. Cfr. R. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años del Seminario del Beato Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El Seminario de San Francisco de Paula*, Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, *Pro manuscripto*, Pamplona 1999, pp. 200-205.

atendemos a los manuales de estudio, la información sobre la función de los milagros la obtuvo el joven Josemaría sobre todo a partir de las *Praelectiones Dogmaticae* de C. Pesch<sup>4</sup>, que estudió en el Seminario de Logroño el curso 1919-1920.

¿Qué dice Pesch sobre los milagros y su relación con la revelación cristiana? La edición original de su obra apareció en 1885, quince años después del Vaticano I. Este concilio contiene una enseñanza sobre los milagros que marcó el contenido de los manuales de Apologética de los años sucesivos. El Vaticano I había enseñado que los milagros son «argumenta externa», «facta divina (...) quae cum Dei omnipotentiam et infinitam scientiam luculenter commmonstrent, divinae revelationis signa sunt certissima et omnium intelligentiae accommodata». Con ellos se fundamentaba que la fe fuera «obsequium rationi consentaneum»<sup>5</sup>.

En la quinta edición de su obra —en 1915— Pesch se refiere a los milagros dentro del tratado clásico *De Christo legato divino*, y más brevemente en el *De Ecclesia Christi*. No hay, por tanto, una parte dedicada a los milagros como tales, dentro del análisis de la credibilidad de la revelación; lo que se dice sobre ellos aparece directamente aplicado a la misión de Cristo. La argumentación de Pesch es, en este punto, la corriente en la apologética del tiempo. Las afirmaciones fundamentales son las siguientes: 1) Jesús enseñó claramente que se debía creer en él, porque realizó milagros que mostraban de forma patente que había sido enviado por Dios; 2) los milagros tenían lugar para dar a los hombres una razón para creer en Cristo; 3) los milagros realizados como confirmación del carácter divinamente revelado de alguna doctrina atestiguan el origen divino de esta misma doctrina; 4) los milagros de algún modo ponen un sello divino en una doctrina y la señalan (*notant*) como divinamente entregada<sup>6</sup>.

No sabemos si el joven Josemaría estudió todo el volumen I de la obra de Pesch o el profesor se limitaba a los Lugares Teológicos (la tercera parte del volumen), como sugiere Toldrá. Pero no importa demasiado, porque lo que aquí nos interesa señalar es que en la forma-

4. C. PESCH, *Praelectiones Dogmaticae*, I: *Institutiones propaedeuticae ad sacram Theologiam. De Christo Legato Divino, De Ecclesia Christi, De Locis Theologicis*, Friburgi Brisgoviae 1915.

5. CONCILIO VATICANO I, Const. Dogm. *Dei Filius* cap. 3 (D. 3009). El canon correspondiente era el siguiente: «Si quis dixerit, revelationem divinam externis signis credibilem fieri non posse, ideoque sola interna cuiusque experientia aut inspiratione privata homines ad fidem moveri debere: an. S.» (D. 3033).

6. C. PESCH, *Praelectiones Dogmaticae*, cit., pp. 30-134. Pesch expone los milagros de Cristo en la sectio III (*De argumentis quibus Christus testimonium suum comprobavit*), de la Pars I (*De Christo legato divino*). Examina también las dificultades contra los milagros, los milagros realizados por Jesús, su Resurrección, las profecías de y sobre Jesús, y la admirable propagación de la Iglesia.

ción teológica normal que se daba a los alumnos, los milagros tenían un sentido apologético, como «pruebas» de la intervención de Dios en el envío de Cristo al mundo. Por otro lado, el contexto post-modernista propio de los años 20 llevaba a acentuar en los milagros el carácter de hecho real, físico, dejando un poco en la penumbra la relación entre el milagro y la fe, en el sentido no de la dirección que va del milagro a la fe, sino en la que va de la fe al milagro. La razón no es difícil de adivinar: se trataba de evitar el peligro de subjetivismo en la concepción de la fe y de reducción de los hechos a proyecciones de esa misma fe. Directa o indirectamente, esa presentación de los milagros es la que se ofreció al que sería más tarde el autor de *Camino*<sup>7</sup>.

Teniendo en cuenta todo lo que precede, estamos en condiciones de examinar los textos en los que el Beato Josemaría se refiere a los milagros o lo milagroso.

## 2. EL MILAGRO ES UNA EXPRESIÓN DE LA RELACIÓN DE DIOS CON EL MUNDO Y EL HOMBRE

La primera observación nos lleva a constatar algo que ya era de esperar, como se ha apuntado antes: las referencias a los milagros son claramente escasas. En *Camino*, por ejemplo, solamente aparece el término «milagro» o «milagroso» en ocho puntos, de los cuales únicamente dos transmiten una idea propia del autor sobre los milagros, conteniendo los demás referencias más bien genéricas<sup>8</sup>. Lo mismo sucede con los demás escritos publicados hasta la fecha, con la excepción de *Forja*, donde encontramos esos términos en once puntos, y en cierto modo también en *Es Cristo que pasa*, donde aparece en diferentes contextos. En las pocas referencias que hay, se encuentran, sin embargo, expresiones de enorme fuerza y de gran riqueza, como veremos. En todas, prácticamente, está ausente o es muy débil —y es importante subrayarlo— el matiz apologético que presentaban los manuales.

La primera cuestión relacionada con el milagro —y a la que el autor de *Camino* se refiere— es central: más allá del significado que se

7. La presentación apologética de los milagros acentuaba el aspecto de hecho externo de los mismos, con el fin de subrayar su carácter objetivo. Hubo de pasar bastante tiempo hasta que la teología recuperara de forma decidida el aspecto de signo y su relación con las disposiciones del sujeto que percibe los milagros. A partir del Vaticano II, la teología presenta los milagros como elementos de la Revelación cristiana. Los milagros adquieren su pleno sentido no tanto en sí mismos y considerados como meros prodigios, sino a la luz de Cristo que es el signo fundamental de la presencia y acción de Dios entre los hombres.

8. Los puntos son: 362, 376, 507, 583, 629, 843, 930 y 966. Los que nos interesarán especialmente son el 362 y el 583.

le dé, el milagro es un testimonio claro y enérgico de que Dios puede actuar y actúa en el mundo. Dicho en otras palabras: el mundo no es algo que simplemente tuvo su origen en Dios, y que después funciona de forma autónoma sin ninguna relación con Él. La vieja idea deísta —recidiva en nuestro tiempo bajo formas diversas— se enfrenta con la noción misma de milagro como un imposible e incluso como un escándalo que —Spinoza *dixit*— conduciría al ateísmo.

Nos encontramos aquí con el trasfondo último de toda la problemática moderna en torno al milagro: la relación entre Dios y el mundo. Si no fuera posible una auténtica relación de Dios con el mundo (caso del panteísmo o del deísmo), hablar del milagro constituiría un auténtico ataque contra Dios o contra el mundo. Al referirse, por tanto, al milagro, Escrivá enlaza con la tradición teológica más auténtica y afirma, no sólo la posibilidad, sino la realidad de esa relación fundamental. Dios no se ha separado del mundo, no se ha hecho indiferente a la suerte de los hombres, sino que vela por ellos y dirige de forma soberana el sentido de la marcha del mundo.

El cuidado amoroso que Dios tiene por el hombre y el mundo se llama providencia, y esa providencia es ya un «milagro»: «La providencia ordinaria es un continuo milagro», escribe nuestro autor que, en perfecta continuidad con esa afirmación añade: «pero... Él pondrá medios extraordinarios, cuando sean precisos»<sup>9</sup>. El reconocimiento de la providencia de Dios es lo definitivo, porque en ella se afirma la presencia de Dios en el mundo<sup>10</sup>. Los milagros, de suyo, son momentos en que esa providencia se hace palpable —signos, por tanto de esa providencia—, pero no suponen un cambio de horizonte respecto a ella. Por eso, para quien ha encontrado a Dios en lo ordinario, ese hecho le resulta suficiente para fundar una fe confiada: «Señor, confío en Ti, me basta tu providencia ordinaria, tu ayuda de cada día. No tenemos por qué pedir a Dios grandes milagros»<sup>11</sup>.

El Beato Josemaría enlaza en alto grado con la conocida enseñanza de S. Agustín para quien lo importante en el milagro es su capacidad de elevar al hombre a la inteligencia de las realidades del mundo de la gracia. El milagro se entiende especialmente como signo, debi-

9. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, 658.

10. Podría añadirse: no sólo la presencia, sino el modo como Dios se muestra a Sí mismo. Con razón se pregunta Guardini: «¿Es que el mero ser absoluto es realmente Providencia? ¿No sólo en el sentido de que penetra con su ciencia y potencia infinitas todas las cosas, sino en el sentido propio del Nuevo Testamento que nos dice que el Dios amante interviene sin cesar en todos los acontecimientos, nos toma de la mano, conduce y dirige el mundo hacia aquel “que busca primero el reino y su justicia?” (Mt., VI, 33)»: R. GUARDINI, *El Señor*, II, Madrid 1963, p. 219.

11. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 160.

do a su carácter no habitual o extraordinario. Comentando el pasaje de la multiplicación de los panes, escribe el de Hipona:

«Los milagros por los que Dios rige el mundo y gobierna la creación entera se nos han hecho por su cotidianidad tan sin relieve que ya casi nadie estima en algo el considerar las maravillosas y asombrosas obras de Dios en cada grano de trigo. Por eso, fiel a su misericordia, Dios se ha reservado el llevar a cabo en determinados momentos algunas cosas que quedan fuera del curso y orden normal de la naturaleza, para que los hombres, obtusos para con los milagros de cada día, se dejen impresionar al ver un acontecimiento no mayor, pero sí más insólito. Verdaderamente, la ordenación del Universo entero es un milagro mayor que el saciar a cinco mil hombres con cinco panes (...) Con el mismo poder con que multiplica unos granos en una cosecha, ha multiplicado en sus manos los cinco panes»<sup>12</sup>.

### 3. «NO NECESITO MILAGROS»

Si se toma en serio el texto agustiniano que precede, se entiende mejor lo que afirma el autor de *Camino*. Comienza por invitarnos a «que no nos acostumbremos a los milagros que se operan ante nosotros»<sup>13</sup>. La consecuencia lógica es que, si ya «se operan ante nosotros» no hay ya necesidad de pedir milagros. Así es como cabe entender la afirmación rotunda del Beato Josemaría: «No necesito milagros». Ciertamente el autor añade: «me sobra con los que hay en la Escritura. —En cambio, me hace falta tu cumplimiento del deber, tu correspondencia a la gracia»<sup>14</sup>. Con ello, el autor muestra, en primer lugar que le es suficiente —como ya se vio— con la actuación de la Providencia y el testimonio de la Escritura para aceptar la intervención amorosa de Dios. No es difícil observar, al mismo tiempo, que ese no pedir milagros es signo de una mayor disposición de apertura y de entrega a Dios, precisamente aquella que es alabada por Jesús en los evangelios, como veremos.

En la afirmación «no necesito milagros» se halla una profunda comprensión del autor sobre las relaciones que se dan entre los milagros y la fe. Muestra, concretamente, una actitud completamente ajena a la de

12. S. AGUSTÍN, *Tractatus in Ioannis Evangelium*, 24, 1 (PL 35, 1592). El texto agustiniano da el sentido del milagro: «Esto sucedió ante nuestros sentidos, para que nuestro espíritu pueda edificarse. Sucedió ante nuestra vista, para que nuestro entendimiento pueda comprenderlo, para que percibamos asombrados al Dios invisible en sus obras visibles y para que, despertados a la fe y purificados por ella, podamos ver de manera invisible al que hemos aprendido a conocer por medio de las cosas visibles como el invisible».

13. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 159.

14. ID., *Camino*, 362.

quienes precisan imperiosamente la experiencia de lo sobrenatural para que su fe se mantenga viva, lo cual les lleva a prestar constante atención a cualquier noticia, anuncio o atisbo, real o imaginado, de una acción especial de Dios. Igualmente es ajena a otra actitud, la de quienes consideran una obligación el prestar homenaje a Dios mostrando interés, apoyando o militando a favor de hechos real o pretendidamente sobrenaturales.

Josemaría Escrivá no está, desde luego, en una posición de reticencia sistemática frente a la posibilidad y realidad de una acción especial de Dios en la historia: «El cristiano sabe que Dios hace milagros: que los realizó hace siglos, que los continuó haciendo después y que los sigue haciendo ahora, porque *non est abbreviata manus Domini*, no ha disminuido el poder de Dios»<sup>15</sup>. Al afirmar «no necesito milagros» conecta, sin embargo, con la disposición, alabada por Jesús, de no pedir señales para creer en Él. Las palabras dirigidas a Tomás («Dichosos los que sin ver creyeron»: Jn 20, 29) ponen de manifiesto una propiedad que la fe debe incorporar antes o después: la incondicionalidad de la entrega que se hace a Dios de la entera persona, de su inteligencia y libertad, de la vida, del tiempo, del destino.

La renuncia a pedir milagros (signos) para creer no puede prescindir, sin embargo, de los signos a través de los cuales accedemos a la noticia de la presencia y acción de Dios entre los hombres. Estrictamente hablando, la autocomunicación de Dios a los hombres tiene lugar por medio de signos —hechos y palabras— ya que no es posible una experiencia inmediata —independiente de la fe— de lo sobrenatural. Pero hay una diferencia fundamental en la categoría de los signos que se consideran suficientes para reconocer la presencia de Dios y responder con la fe. Para algunas personas basta con unos signos determinados, mientras que otras exigen más, y para otras, finalmente, ningún signo es definitivo. Esto equivale a decir que la percepción de los signos no funciona automáticamente de cara a reconocer la presencia de Dios.

«Si no veis signos y prodigios, no creéis» (Jn 4, 48) afirma Jesús, reprochando la actitud de quien pone como condición para reconocer como signos de Dios presente y actuante el que esos signos sean extraordinarios o de carácter prodigioso. Más aun, a los fariseos que pedían ver una señal, Jesús responde con palabras fuertes: «esta generación perversa y adúltera pide una señal» (Mt 12, 39). La actitud opuesta es la de quienes saben «descubrir los signos de los tiempos» (Mt 16, 3), es decir, los signos que dan a conocer la presencia de Dios

15. ID., *Es Cristo que pasa*, 50.

en la historia a través de lo no necesariamente prodigioso. Esto supone que si los hechos son los mismos para todos y unos perciben que en ellos Dios habla, mientras que para otros se trata de puros hechos inmanentes, hay en el sujeto una disposición previa que afecta a su menor o mayor exigencia de signos. La actitud alabada por Jesús es la de apertura de corazón, la de una sensibilidad para la acción de Dios que sintoniza con esa misma acción de Dios en la normalidad.

Normal es la novedad, la autoridad, el sentido de la enseñanza de Jesús, como normal es el testimonio de los discípulos, de la comunidad, de la Iglesia, que han visto a Jesús resucitado y se lo comunican a Tomás y se lo comunican a los hombres de todas las épocas. Es en ese contexto en el que cobran sentido las palabras de Escrivá: «no necesito milagros», porque basta con el testimonio de la Escritura y de la Iglesia<sup>16</sup>.

#### 4. GRACIA, MILAGRO, FE

El abandono que requiere, hace a la fe —es lo que se ha expuesto hasta ahora— no depender de milagros, y solamente de los signos a través de los cuales tiene lugar la automanifestación y autocomunicación de Dios al hombre. Más aún: los ojos del corazón creyente (cfr. Ef 1, 18), o por usar una expresión moderna, los «ojos de la fe» son los que permiten descubrir más claramente la acción de Dios, los que muestran los «milagros», y esa misma fe es la que lleva a «hacer milagros». El autor lo afirma con fuerza en un punto de *Camino* que hace, sin duda, referencia al n. 362, citado anteriormente:

«No soy “milagrero”. —Te dije que me sobran milagros en el Santo Evangelio para asegurar fuertemente mi fe. —Pero me dan pena esos cristianos —incluso piadosos, “¡apostólicos!”— que se sonríen cuando oyen hablar de caminos extraordinarios, de sucesos sobrenaturales. —Siento deseos de decirles: sí, ahora hay también milagros: ¡nosotros los haríamos si tuviéramos fe!»<sup>17</sup>.

Los milagros que mueven a la fe son, a la vez, obras de la fe. Hay aquí un cambio de perspectiva sutil pero innegable. Para el Beato Josemaría, son más importantes los «milagros» que se realizan que los que contemplan. El citado «no necesito milagros; me basta con los que hay en

16. Cfr. *ibid.*, 131 que se refiere a la Iglesia como signo y (...) sacramento universal de la presencia de Dios en el mundo.

17. *Id.*, *Camino*, 583. La misma idea aparece más tarde en un escrito de 1947: «Se oye a veces decir que actualmente son menos frecuentes los milagros. ¿No será que son menos las almas que viven vida de fe?» (JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 190).



la Escritura» tiene como objetivo el milagro contemplado que mueve a creer. Ahora se pasa a un campo de mucho más interés para el autor, aquello que el creyente puede realizar con su fe: «nosotros los haríamos si tuviéramos fe».

Podría pensarse que el término milagro se utiliza en los párrafos que preceden en dos sentidos: en sentido realista, en cuanto signo prodigioso; y en sentido figurado en cuanto hecho de gracia. No creo, sin embargo, que esa clasificación corresponda al pensamiento de nuestro autor, sino más bien a la explicación sobre todo apologética del tema. Para el Fundador del Opus Dei, el milagro se da allí donde el hombre de fe actúa con la fuerza que él no tiene. Los textos se podrían multiplicar. «Nos falta fe —escribe en *Forja*—. El día en que vivamos esta virtud —confiando en Dios y en su Madre—, seremos valientes y leales. Dios, que es el Dios de siempre, obrará milagros por nuestras manos...»<sup>18</sup>. El mismo pensamiento aparece otras veces formulado en forma de oración: «...Dame la fe de aquellos varones que supieron corresponder a tu gracia y que obraron —en tu Nombre— grandes milagros, verdaderos prodigios»<sup>19</sup>. Está claro que los milagros de que aquí se trata se dan en un contexto de gracia en el que el reflejo cósmico (la llamada «trascendencia física») es secundaria.

Los milagros que el cristiano está llamado a realizar están en relación con la acción de la gracia en uno mismo («milagro de la gracia»: *Forja*, 251) y en los demás hombres. «Estos milagros —escribe el autor de *Amigos de Dios*— son tanto más grandes en cuanto que suceden en el campo espiritual, trayendo la vida no a los cuerpos sino a las almas. También vosotros, si no os abandonáis, podréis obrar estos prodigios, con la ayuda de Dios»<sup>20</sup>. Lejos de ser una noción débil de milagro la que aquí se maneja, basta un conocimiento un poco experimentado de la interioridad humana para apreciar que sin la acción interior de la gracia no se explican esos cambios en el hombre. La conversión —con sus múltiples matices y gradaciones— escapa a las leyes de la conducta, aunque sea posible aducir motivos por los que ha tenido lugar. La inteligencia, la voluntad, la orientación moral hu-

18. ID., *Forja*, 235.

19. *Ibid.*, 653.

20. ID., *Amigos de Dios*, 263. Y en el número anterior de esta misma obra, escribe: «También a nosotros, si luchamos diariamente por alcanzar la santidad cada uno en su propio estado dentro del mundo y en el ejercicio de la propia profesión, en nuestra vida ordinaria, me atrevo a asegurar que el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro era sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos de Dios... Y se han purificado sus sentidos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias» (*Amigos de Dios*, 262).

manas no las cambia el hombre fácilmente: «Si le ayudas, aunque sea con una nadería, como hicieron los Apóstoles, Él está dispuesto a obrar milagros, a multiplicar los panes, a cambiar las voluntades, a dar luz a las inteligencias más oscuras, a hacer —con una gracia extraordinaria— que sean capaces de rectitud los que nunca lo han sido»<sup>21</sup>.

La acción de la gracia que constituye un «milagro» comienza actuando en el propio ser del creyente. «Quizá en ti mismo, en mí se han operado esos prodigios: quizá éramos ciegos, o sordos, o lisiados, o hedíamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración»<sup>22</sup>. A partir de esa acción de la gracia en uno mismo, tiene lugar el encuentro entre lo ordinario de la vida cotidiana que cada uno conduce y lo extraordinario de hallar a Dios en esas circunstancias. Bellamente y al mismo tiempo con toda claridad lo afirma el Beato Escrivá: «El milagro que os pide el Señor es la perseverancia en vuestra vocación cristiana y divina, la santificación del trabajo de cada día: el milagro de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico, por el amor que ponéis en vuestra ocupación habitual. Ahí os espera Dios, de tal manera que seáis almas con sentido de responsabilidad, con afán apostólico, con competencia profesional»<sup>23</sup>. En esos milagros no se da una trascendencia física —como ya se ha dicho— pero en cambio contienen una trascendencia de otro orden, trascendencia dotada de significatividad que el propio sujeto percibe, y que necesariamente acaba extendiendo su acción hacia los demás. El Beato Escrivá lo afirma claramente: «...cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios»<sup>24</sup>. La razón está en que «la grandeza de Dios convive con lo ordinario, con lo corriente»<sup>25</sup>.

Los milagros de la gracia en el hombre se corresponden con los milagros de gracia que constituyen los misterios salvíficos: Cristo resucitado<sup>26</sup>; el «milagro, continuamente renovado, de la Sagrada Eucaristía»<sup>27</sup>.

21. ID., *Forja*, 675. Idea semejante aparece en otros puntos de la misma obra: «¡Poder de hacer milagros!: a cuántas almas muertas, y hasta podridas, resucitarás, si permites a Cristo que actúe en ti (...) También ahora pasa Cristo con tu vida cristiana y, si le secundas, cuántos le conocerán, le llamarán, le pedirán ayuda y se les abrirán los ojos a las luces maravillosas de la gracia» (*Forja*, 655); «Dios quiere operar milagros constantes —resucitar muertos, dar oído a los sordos, vista a los ciegos, posibilidades de andar a los cojos...—, a través de tu actuación profesional santificada, convertida en holocausto grato a Dios y útil a las almas» (*Forja*, 984).

22. ID., *Amigos de Dios*, 262.

23. ID., *Es Cristo que pasa*, 50.

24. ID., Homilía *Amar a mundo apasionadamente*, en *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 116. El texto continúa: «Por eso os he repetido, con repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día».

25. ID., *Es Cristo que pasa*, 141.

26. ID., *Surco*, 554.

27. *Es Cristo que pasa*; cfr. también *Forja*, 542; 304.

## 5. CONCLUSIÓN

En resumen, el sentido y la función que en los escritos de Josemaría Escrivá tiene el milagro se pueden exponer en cinco puntos:

- a) Los milagros son una manifestación de la omnipotencia salvadora de Dios que interviene en la vida de los hombres con un designio de gracia.
- b) La intervención divina en la historia no se reduce a los hechos que tienen carácter prodigioso, sino que implica también los hechos de la Providencia ordinaria de Dios, en los que es necesario saber contemplar la acción amorosa del mismo Dios.
- c) Hay una estrecha relación entre la fe y los milagros. Primero, porque la fe lleva a reconocer los milagros como signos de la presencia y acción de Dios. Segundo, porque, de ordinario, la fe es una disposición necesaria para que Dios actúe a través del creyente.
- d) La fe, en cuanto apertura a la acción de Dios, es capaz de suscitar, con la gracia de Dios, milagros que transforman la interioridad del sujeto y le sitúan en la cercanía e Dios. Esta transformación, que el mero recurso a la psicología y a la antropología no pueden explicar, afecta al sujeto creyente y —mediante su acción apostólica— puede alcanzar a otras personas.
- e) El milagro que está al alcance de todos los cristianos es el que es consecuencia necesaria de la llamada universal a la santidad. Consiste en vivir lo ordinario de forma extraordinariamente fiel. Entonces lo ordinario —que no pretende tener una trascendencia física— rebosa «trascendencia de Dios», porque Cristo quiere «encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más menudas»<sup>28</sup>.

28. ID., *Es Cristo que pasa*, 174.